



Parece que el Supremo Hacedor se ha propuesto castigar con mano dura a los habitantes de la ciudad pecadora, y considerando sin duda que el hambre y demás calamidades que se han cernido sobre ellos no era bastante castigo para su soberbia, nos ha mandado últimamente una nueva plaga que amenaza acabar con los pocos mortales que hasta ahora nos habíamos resistido a embarcarnos para el otro mundo.

Las siete plagas famosas le habrán parecido poco al que es fuente de bondad inagotable, y así vemos que, después de habernos impuesto la pena de aguantar las impertinencias de gendarmes cohechadores, la tiranía de los propietarios de pocilgas, el cinismo de los «coyotes», el desbarajuste de los tranvías, la codicia de los comerciantes, el asqueroso servicio de los restaurants y la frescura sin límites de los que se han empeñado en que las hojas impresas deben continuar siendo incensarios; después de pasar por este terrible calvario, y cuando creíamos que el suplicio amenguaría, se nos presenta el tifo.

Y casi simultáneamente surge otra epidemia: la de los vendedores de específicos contra la terrible enfermedad, y los curanderos «por sport», que nos fastidian con sus impertinentes consejos.

—Para prevenirse del contagio— dicen—es preciso bañarse todos los días, cambiar de ropa interior a lo menos dos veces por semana, tener la habitación ventilada y limpia, y procurar que la alimentación sea sana y abundante. Además, es necesario preservarse de los rigores de la temperatura, porque a veces una corriente de aire provoca la enfermedad.

Después de oír tan sanos consejos se queda uno pasmado de la sabiduría del desinteresado bienhechor, y si no va desde luego a ponerlos en práctica, es porque primero se echa a reír.

Mas luego la incredulidad se desvanece ante el temor de que nues-

tro escepticismo nos lleve al campamento, y guiados por humano instinto de conservación, preguntamos por el maravilloso menjergue. La cantidad fabulosa que nos piden por él nos obliga a meditar, y la oportuna advertencia de una víctima nos libra del timo.

Desechada la esperanza de conseguir la inmunidad por medio de específicos, nos proponemos entonces seguir los consejos del sabihondo amigo.

Pero apenas nos hacemos este otro propósito, tenemos que desistir de llevarlo a la práctica.

Como nuestros recursos no nos permiten alquilar vivienda cómoda, tenemos que ir al baño público y allí esperar tanta dos o tres horas, resultando que perdemos medio día de trabajo para atender esta necesidad, y si esto lo hacemos cotidianamente, el resultado va a ser una merma notable en los ingresos mensuales.

Los precios exorbitantes que ostentan los aparadores hacen imposible la adquisición de ropa a los que no tenemos más título que el de simples mortales, y, por lo tanto, si queremos mudar de camisa y calcetines muy a menudo, corremos el riesgo de desequilibrar nuestro presupuesto y quedamos al fin completamente desnudos.

De la comida valdría más no hablar. Los fondistas, pretextando que todo está caro, en vez de preocuparse por la salud de los clientes, les sirven a éstos tales bodrios, que no hay estómago que los resista. No conformes con comprar los comestibles de la peor calidad, los conservan condimentados hasta que se acaban, sirviéndolos la mayoría de las veces completamente agrios y aun putrefactos.

Y a todo esto añadan ustedes los manteles, que dan asco; el agua sucia, no sabemos si a propósito o por descuido; y los cubiertos limpiados con un trapo sucio. Sin embargo, al pagar cobran un ojo, a pesar de que lo han envenenado a uno.

Pero los que se llevan la palma en la propagación de las enferme-

dades, que amenazan acabar con nosotros, son los propietarios de las casas de vecindad.

No sabemos si los encargados de velar por la salud de los pacíficos ciudadanos saben que la mayor parte de los habitantes de México vive en inmundas pocilgas faltas de luz y ventilación, húmedas y ruinosas. Si no están enterados, les invitamos a que, el día que tengan tiempo, se dediquen a visitar las casas ocupadas por los obreros. Les aseguramos que el día que hagan esto habrán descubierto el origen y la causa de las enfermedades infecciosas que tanto les preocupan. Y si de veras quieren acabar con la terrible epidemia y evitar que se repita en años posteriores, lo que deben hacer es ver qué hacen con estas vetustas casas, criaderos de gérmenes del tifo, de la tuberculosis y demás enfermedades que son azote de los desheredados.

En vez de dar consejos, lo que deben hacer es obrar, puesto que tienen poder para hacerlo.

Oblíguese a los dueños de fondas y restaurants, y en general a todos los expendedores de comestibles, a que tengan sus locales aseados y los artículos en buen estado.

Mándense desalojar y derribense estos caserones construidos el año quinientos, que semejan sombrías cavernas.

Enfréntense, en fin, con los avariciosos traficantes que convierten en dinero las miserias del pueblo, y cumplan con su deber de revolucionarios.

Por lo menos esta es nuestra humilde opinión.

JUAN TUDÓ.

CRISTOBAL AZCARATE

AGENTE EXCLUSIVO  
DE LA REVISTA

“ARIETE”

2ª Cerca Sto. Domingo N° 9

PUEBLA